

La leyenda negra en la crónica de Don Pedro Cieza de León ()*

CAPITULO III

En la obra de Cieza de León, y muy particularmente, en el primer libro de su "Crónica del Perú", la leyenda negra, que creemos definitivamente acallada, adquiere un aspecto tal que, por lo concreto y característico de las expresiones, nos atrevemos a ver en él un caso verdaderamente típico.

Cieza, como tantos otros españoles, procediendo con la mejor buena fe, ha contribuido con su incomprensión de las circunstancias y del común de los hombres a entenebrecer los anatemas que a sus compatriotas y a la dominación española lanzara el obispo de Chiapa.

Luego de reconocer la obra inaudita acometida y llevada a término con aquel puñado de hombres que conquistaron y poblaron América desde más allá del golfo de Méjico hasta Magallanes (1), escribe en el "Señorío de los Incas" cosas tan afligentes como éstas: "Que por cierto no es pequeño dolor contemplar que siendo aquellos Incas gentiles e idólatras, tuviesen tan buena orden para saber gobernar y conservar tierras tan largas, y nosotros, siendo chriptia-

(*) Es un fragmento del trabajo sobre Cieza de León que obtuvo el premio de Humanidades que otorga anualmente la Institución Mitre. - (N. D.).

(1) He aquí la expresión de Cieza, una verdadera síntesis de la obra hispánica, una de las más hermosas y completas que hemos podido leer en los primitivos cronistas, dicha con una sencillez realmente heroica: "Cosa es muy digna de notar que en menos tiempo de sesenta años se haya descubierto una navegación tan larga y una tierra tan grande y llena de tantas gentes, descubriéndola por montañas muy ásperas y fragosas y por desiertos sin camino, y haberlas conquistado y ganado, y en ellas poblado de nuevo más de doscientas ciudades. Cierto los que ésto han hecho merecedores son de gran loor y de perpetua fama, mucho mayor que la que mi memoria sabrá imaginar ni mi flaca mano escribir. Una cosa diré por muy cierta: que en este camino se padeció tanta hambre y cansancio que muchos dejaron cargas de oro y muy ricas esmeraldas por no tener fuerzas para las llevar". Cieza de León, "La Crónica del Perú", XLII, 136, Madrid, 1932.

nos, hayamos destruido tantos reinos; porque, por donde quiera que han pasado chripstianos conquistando y descubriendo otra cosa no parece sino que con fuego se va todo gastando" (2). Surge el contraste violento y categórico entre las dos expresiones, ambas ciertas y verdaderas. Pero en una, Cieza es el hombre que con visión amplia, generosa, abarca la gesta heroica en toda su magnitud sublime; en la otra, el de pupila torpe, de mirada cercana, parcial, que sólo repara en lo malo e inevitable de la conquista hispánica, de todas las conquistas; la reacción de un espíritu piadoso ante hechos que se comprenden, que se perdonan en tales circunstancias, en aquella época, en el transcurrir de toda la historia humana; hechos que al fin obedecen a pasiones y crueldades que el hombre lleva en sí, más o menos ocultas (3).

Así es como se ha formado la leyenda negra, la que hizo que el mundo culto de Europa, olvidado de Alejandro VI en el reparto, abominara de la España conquistadora de América con la incomprensión y torpeza de quienes creyeron que dominar a una densa población indígena muy capaz de hacer valer sus derechos ante caballos y arcabuces era cosa de Cruz y de Evangelio; con la incomprensión de los que juzgaron al conquistador hispano con los mismos principios con que Catón, ciudadano en Roma, clamó contra las violencias del conquistador de las Galias; a quien, en fin, dió cuerpo la contradicción de quien abogando por la libertad del indígena pedía la sumisión y el comercio de otra raza, de quien contaba iniquidades de la encomienda después de perder la suya.

No es éste sin embargo el aspecto que ha llamado nuestra atención, sino el dualismo que un poco académicamente llamaremos artístico-religioso, hallado en Cieza, y que mucho ilustra acerca de su incomprensión con respecto a estas materias, y en un plano más trascendente, del valor relativo de las censuras que a sí misma se formula esta raza que parece complacerse en menguar o disimular sus glorias.

Cieza, como todos los conquistadores, es un cristiano ferviente, casi un fanático, lo que en su época y en su patria, protegida celosamente por la Inquisición, era cosa corriente y natural. Posee, ya lo hemos dicho, alma grande y generosa, que al conmoverse y protestar por la destrucción del Imperio Incaico, adquiere así algunos matices de ese hombre que Blanco Fombona ha llamado "héroe moral" (4), que juzga a sus contemporáneos y procede dentro de

(2) Cieza: "Segunda parte de la Crónica del Perú...", XXIII, 89, Madrid, 1880.

(3) El mismo Cieza no escapa de lo dicho cuando sorprende a Jiménez de la Espada describiendo con alegría y feroz deleite la muerte de uno de los enemigos de su Rey, cierto es, pero de un hombre al fin, siendo él cristiano.

Jiménez de la Espada, Prólogo a la "Guerra de Quito" de Cieza de León, XXXIV.

(4) Rufino Blanco Fombona: "Psicología del Conquistador Español del Siglo XVI, X, 109 y 110, "Revista de Filosofía", Bs. As., enero de 1921.

su época guiado por principios espirituales que no pertenecen a ella. Pero es la primera condición, la de cristiano, quien contradice las amonestaciones que formula impulsado por su piedad artística, estremecido al ver sucumbir los bellos monumentos, la que nos hace pensar en lo anacrónico de estas censuras, no sólo de Cieza, sino del padre Las Casas y de otros muchos.

Véase cómo reacciona Cieza de León ante la destrucción del Sacsahuaman (que era céntrica pública hasta el año 1900) (5), la ciclópea fortaleza cuzqueña: "... pues los españoles lo han ya desbaratado y parado tal, cual yo no quisiera ver la culpa grande de los que han gobernado, y que una cosa tan insigne se hobiera desbaratado y derribado, sin mirar los tiempos y sucesos que pueden venir y que fuera mejor tenerla en pie y con guarda" (6). Y aquí torna nuestro cronista a ser el hombre que se detiene ante los hechos sin tratar de comprenderlos ni de explicarlos, el que olvida de manera sorprendente las causas que movieron la destrucción española del Sacsahuaman: el temor de que los indígenas se ganasen en la fortaleza y repitieran la denodada resistencia de Manco, las fábulas de tesoros escondidos en ella, y hasta el rumor muy generalizado de que láminas de oro y plata cimentaban sus piedras. No queremos a nuestra vez olvidar que fueron muchos los sillares labrados con sus bloques monolíticos y empleados por los españoles en sus edificios; pero, aparte de lo dicho anteriormente acerca del uso de estas piedras históricas del Sacsahuaman en épocas recientes, debemos hacer constar, en descargo del conquistador, que hasta hace muy pocos años, las ruinas de Tiahuanaco eran sistemáticamente explotadas por una empresa de construcciones. Quien tal cosa me testimoniara, el profesor Francisco de Aparicio, ha visto en la ciudad de La Paz alguna casa construida con tan precioso material.

Aun apreciando en su justo valor la nota que Jiménez de la Espada dedica a estas manifestaciones, transcribiremos algunos párrafos que lícitamente podemos referir al Sacsahuaman, escritos por quien como el Inca Garcilaso, sobrado derecho tenía a la indignación. "En muchas casas reales y templos del Sol echaron plomo derretido, plata y oro por mezcla. Pedro de Cieza, capítulo 94, lo dice también, que huelgo alegar los historiadores españoles para mi

(5) Luis E. Valcárcel: "Sajsawaman redescubierto" (sic). Dice el autor, refiriéndose a los baluartes superpuestos del Sacsahuaman: "Mucho se ha destruído la fábrica del fuerte en este sector; la facilidad de rodar las moles hacia el valle de Sapi lo explica. Todavía se puede ver en algunos monolitos las perforaciones para aplicar el explosivo. Hasta 1900 seguía siendo una cantera".

Esto sin embargo no impidió que el autor dijera antes: "Sajsawaman ha sido redescubierto. Cuatrocientos años después que la impía acción del conquistador lo sepultó, vuelve a la luz. Simbólica reaparición que se debe interpretar como secreto designio de la raza". "Revista del Museo Nacional de Lima", t. III, N. N. 1-2, Lima, Perú.

(6) Cieza, *ibid.*, LI, 194.

abono. Echábanlo para mayor majestad, lo cual fué la principal causa de la total destrucción de aquellos edificios, porque por haber hallado estos metales en algunos de ellos, los han derribado todos buscando oro y plata" (7). Más parecen estas palabras de español que desea justificar a sus compatriotas, que no de un mestizo, que ama y se enorgullece de la sangre india que late en sus venas, y que debió sentir más profunda y sinceramente que Cieza el dolor de ver abatidos por los suelos los edificios que levantara el genio de sus mayores, lo cual no impide, he aquí la paradoja, que sea su juicio más ecuánime y atento a la verdad que el del hispano.

La destrucción del Sacsahuaman y de tantos otros edificios incaicos, verdaderos cíclopes de quienes hoy sólo queda la huella de las plantas, fué causada, sí, por el oro, por los sillares bien labrados, por el temor. ¿Puede ser éste un estigma irredimible para los conquistadores del Perú, para toda una nación? ¿Pretenderemos que ellos procedieran como arqueólogos del siglo XX? ¿Diremos acaso que es una falta gravísima, excepcional en la historia, deshacer las fuertes hiladas de piedra para construir las catedrales de aquella fe exaltada, para buscar en sus juntas el metal codiciado? Pero esto no nos incumbe; dejemos que lo contesten quienes siguen juzgando al conquistador con despechos raciales, con la psicología anacrónica de este siglo.

Muy otra es la actitud de Cieza y su opinión ante la destrucción de cuanta "guaca" y templo incaico había en el Perú. Aquí es de nuevo el hombre de su siglo de intransigencias religiosas, aquí es, donde, olvidado de los bellos aparejos de piedra y bien acordados muros de adobe, canta un aleluya a la obra de la piqueta. Las protestas que levantara movido por la belleza de la fortaleza y por los atropellos hispánicos, las anula la alegría del cristiano. Veamos cómo se expresa: "Los templos antiguos, que generalmente llaman guacas, todos están ya derribados y profanados, y los ídolos quebrados, y el demonio, como malo, lanzado de aquellos lugares, a donde por los pecados de los hombres era tan estimado y reverenciado; y está puesta la cruz. En verdad, los españoles habíamos de dar siempre infinitas gracias a nuestro Señor Dios por ello" (8).

Expresiones semejantes a ésta, hija legítima de una época, no cansará el labio de decirlas hasta que lo entiendan quienes se abroquelan en prejuicios y odios inconcebibles, podrán hallarse en muchos pasajes de la Crónica, pero ninguna como ella, reflejará tan nítidamente la satisfacción del cristiano hincando la cruz allí donde señoreara la divinidad gentilica.

Cieza sólo supo de fe; las destrucciones que ella causaba no son para él destrucciones. Acaso Pachacamac y Curicancha no le

(7) Garcilaso de la Vega, "Historia General del Perú", t. I.º, XXVIII, 188 y 190, Madrid. 1800.

(8) Cieza, "La Crónica...", LVII, 190.

impresionaran tanto como el Sacsahuaman, tal vez no reparara en lo que se hacía, cegado por el placer de exorcizar los demonios de aquellas piedras. En cambio, oprobio, iniquidad singular, es el destruir por oro, por sillares, y temores. La poca experiencia histórica, las escasas lecturas, hicieron creer a Cieza y a muchos otros, que estos excesos podían haberse evitado, sin ocurrírseles pensar que era la fe, arrasando templos, guacas y oratorios, la que humillaba y abatía una raza, más que despojándola de su oro y destruyendo sus fortalezas.

El hombre es siempre el mismo, acentuado en algunas pasiones, en algunos sentimientos, menguado en otros, según las épocas. El fanatismo y la codicia convivieron en el espíritu inquieto de aquellos conquistadores, muy osados de enviar, como un Aguirre, carta de desafío a su Rey. Justificar y comprender las ruinas que provocó el uno (¿acaso más moral?) es justificar y perdonar las que ocasionó la otra, pasión tan fuerte como aquélla, más adherida al hombre, que le acompaña a través de la Historia, que fué capaz de vencer la fe y el respeto cristiano de los saqueadores de Roma.

Las críticas de Cieza, pues, son harto relativas, carentes de serenidad, de comprensión humana, de franqueza, de esa misma franqueza que hace decir a uno de nuestros investigadores: "Y si fuéramos a indagar en los tres o en los seis mil años anteriores (a nuestra era), en las tierras de chinos e indostánicos, judíos y fenicios, egipcios y caldeos, celtas y lapones, habríamos de conjugar los mismos verbos: invadir, saquear, someter, desmembrar, destruir, fundar...".

"Aceptemos, pues, la conclusión de que esas superposiciones de Imperios penosamente formados y dolorosamente deshechos, constituyen los ineludibles anales de nuestra bárbara, insensata y heroica Humanidad" (9).

Que gima, sí, desde la Historia, la amargura resabiada de una raza vencida en el choque inevitable de dos civilizaciones.

Alberto Mario Salas.

Julio 2 de 1937.

(9) Levillier, Roberto: "Don Francisco de Toledo", Libro II, 150, Bs. As., 1935.